

El Teólogo entre el Espíritu y la Profesión

Be not the first by whom the new is tried
Nor yet the last to lay the old aside.

POPE

HUGO STORNI, S.J.
Director de Anales

Un día Juan XXIII llamó a sus colaboradores para significarles esto: "Deseo saber qué acontece en la Iglesia de Dios. Si es necesario convocaré un concilio para saberlo".

Si esta anécdota ha sido "inventada", el hecho que ella explica y la explicación dada por la anécdota son reales. El Concilio fue convocado con fin pastoral y el Concilio ha hecho saber, efectivamente, qué acontece en la Iglesia de Dios.

La importancia del Concilio no ha escapado a la comprensión de los fieles y de los teólogos (deben estos últimos comprenderlo y hacerlo comprender a los demás, *ratione officii*) pero el análisis de la importancia de este Concilio tiene aún que completarse.

Sobre las atribuciones jurídicas y no jurídicas de los Padres del Concilio frente y junto a las del Pontífice, sobre la extensión de estas atribuciones a los seglares, sobre los procedimientos de la Asamblea, sobre el encuentro de la temática conciliar, etc., etc., han corrido ríos de tinta sobre el papel. Se ha hablado menos de lo que es el Concilio fenomenológicamente, si por fenómeno se entiende un "existencial" al que el hombre no escapa, y por lo tanto, tampoco el cristiano ni la Iglesia.

El Concilio fue y sigue siendo, hasta que este Concilio se acabe, un *acto de poder*.

Lo ejerció Juan XXIII en nombre propio o en nombre de toda la Iglesia o como acto de una jurisdicción que pasaba, entonces, por sus manos pero que no dejaba de ser una *urgencia* del momento.

A partir de este momento el "concilio-acto-de-poder" tiene como *campo temático* y *campo problemático* el PODER.

El Concilio está bajo el signo del PODER, porque el Concilio es el *fenómeno* de un *existencial* de la Iglesia, la cual se encuentra bajo el mismo signo, bajo el que se encuentra el tiempo en que la Iglesia y los hombres están: el signo

PODER. La Iglesia es la asamblea del pueblo de Dios, cuyos miembros son hombres. El tiempo de hoy es tiempo que está bajo el signo del PODER y este tiempo es también el tiempo de la Iglesia, la cual es para el tiempo y del tiempo, puesto que nace de él y con él.

Este tiempo es este mundo humano que está bajo el signo de PODER. Sólo que para comprender bajo qué signo de PODER o bajo qué PODER está la Iglesia hay que saber que *todo poder* es un *punto de decisión* entre contendientes —al menos dos.

Para la fenomenología de la Iglesia los dos contendores son el *espíritu de Dios* y el *espíritu de las tinieblas*.

San Pablo les da otro nombre, pero señala la misma realidad: el *espíritu* y la *carne*, palabras con las que se hace eco de la expresión de Jesús mismo: "no podéis servir a dos señores".

El esclavo que por razones jurídicas pasaba a ser materia de herencia podía, jurídicamente, ser esclavo de dos señores a los cuales competía dirimir el "quantum" de poder o dominio a ejercer sobre el esclavo único. Esta competencia de poderes es la que mejor explica el signo de *conflicto* ante el cual se encuentra el hombre y el cristiano, por causa del PODER que se reparte la soberanía o al menos trata de hacerlo sobre el mundo, que es tanto como decir, sobre los hombres, los cristianos.

El poder es, por estructura, contradicción y por eso hay lucha por el poder.

Si el poder representa para la "Iglesia en Asamblea" una situación de crisis o no, parece, de momento, menos importante decirlo. Pero ciertamente es asunto de importancia y de distribución, fuera de toda duda. El Concilio Vaticano I había dirimido ampliamente la cuestión del poder Pontifical del sucesor de Pedro, tanto como dejó de dirimir la cuestión del poder de los sucesores de los demás apóstoles y no menos intonsa dejó la cuestión del poder de los demás miembros de la Iglesia, los miembros jerárquicos como los no jerárquicos. Esta situación tenía que traer su consecuencia: la de reactualizar la cuestión de la distribución del poder en la Iglesia de Dios.

Pero esta problemática se apoya sobre una previa *posibilidad* del poder, que es la de la *discreción* o discernimiento.

El poder de la Iglesia se ejerce sobre la *materia de poder* que puede estar, por error, o por fuerza, o por lo que fuera, sometida a la influencia de otro poder diverso del de la Iglesia y por esta vía interferir en la acción fundamental del poder de la Iglesia: la conducción de la vida cristiana.

La vida cristiana es la vida de los cristianos, quienes, por la fe, han sometido sus vidas a la conducción por el Espíritu de Jesucristo que es el Espíritu de Dios o Espíritu Santo.

Donde otro espíritu pueda interferir, necesita la Iglesia *discernir* o *discriminar* esos dos espíritus a fin de empuñar su *poder total* y ponerlo al servicio del Espíritu de Dios en la conducción de la vida de los cristianos.

Este es el oficio de los teólogos, siendo de ello testigo San Pablo que pone la *discreción de los espíritus* como poder que tiene su origen en el Espíritu de

Dios, de tal manera que ese poder no se puede encontrar, dentro de la Iglesia, sino en los *hombres de Dios* o en los *hombres espirituales* (como el mismo San Pablo los llama) a quienes compete “juzgar todas las cosas” dentro de la Iglesia de Dios.

Este poder está en la Iglesia diversamente repartido y es jurisdicción, pero también *carisma*.

El *hombre espiritual* —por antonomasia— es el *teólogo*, hombre de Dios u hombre de espíritu o espiritual.

El teólogo meramente “profesional de un saber científico teológico” es sólo una mutilación del Teólogo de la Iglesia.

El “hombre de libros teológicos” casi llega a ser una caricatura del Teólogo de la Iglesia.

El hombre de espíritu u “*homo spiritualis*” de San Pablo es el que tiene la ciencia o saber que permite discriminar los *espíritus* por los cuales, de hecho, se conduce la vida de los cristianos, es decir, de la Iglesia.

El *teólogo profesional* debe, en alguna medida, coincidir con el “teólogo-hombre-de-espíritu” u “*homo spiritualis*”. No siempre coincide o puede no coincidir en la medida deseable y necesaria para el ejercicio de ese poder espiritual, que es el poder característico en la Iglesia y de la Iglesia.

Está problemática es posterior a otra, a saber, si el poder espiritual queda todo incluido en el poder jurídico; mejor dicho, si la institucionalización jurídica del poder en la Iglesia agota o cubre totalmente el poder en y de la Iglesia.

Sea de ello lo que fuere, al teólogo, hombre de espíritu u *homo spiritualis* le seguirá compitiendo la tarea de discriminar y juzgar los espíritus que, de hecho, se advierten activos y con poder en la conducción de la vida de los cristianos.

Tropiézase aquí con dos cuestiones.

Una, la cuestión de la *institucionalización* del *homo spiritualis* bajo la forma de los “estados” en la Iglesia, que terminaron por llamarse “estados de perfección”. La forma jurídica del “*homo spiritualis*” es el teólogo que es hombre de “estado de perfección” —con *teología-ciencia* o sin ella. Por otra parte, teólogo u “*homo spiritualis*” con *teología-ciencia* o sin ella, que no tiene “estado de perfección” institucional en la Iglesia.

La segunda cuestión es que el cristianismo de hoy está sometido a la lucha de dos poderes, a los cuales el Señor llamó “dos señores” y San Pablo designó como “espíritu” y “carne”, determinando un ceñido registro de obras y resultados de ambos, como para poder establecer que, efectivamente, tiene razón el Señor en decir, que a los dos, a un tiempo, no se los puede servir. El cristiano de hoy —y el de todos los tiempos, cada uno según las características de su hora— está en una *situación de conflicto*, que es una *situación extrema* donde los términos son irreconciliables, es decir, irreductibles: el cristiano se ve forzado a la alternativa: “aut-aut”.

La medida de la irreductibilidad es, por cierto, determinable y calculable con mayor o menor precisión. Es inevitable que haya una *situación-límite* en

la cual el cristiano no tiene ya opción sino por Dios contra el poder que lo enfrenta.

Hay un "hecho" que tiene hoy casi *poder ilimitado* para suscitar e iluminar o al menos dar el "alerta" acerca de esta clase de situaciones: la literatura.

La literatura lo dice hoy todo; todo cuanto se le antoja. Ella es esencialmente erótica, lo cual no quiere decir ni pornográfica, ni escandalosa, ni proxenética, sino simplemente que ella suscita y levanta el velo de la vida humana—que se cubre siempre bajo el manto normal de su estado o determinación concreta—para decir que allí hay un *conflicto de eros*; que no hay criatura humana, pagana o cristiana, de la Iglesia o del mundo, de la Jerarquía o del laicado, en la cual no esté activo el poder de eros para hacerle hallar al hombre su felicidad, su gozo, su dicha, ésa que él alcanza a poder lograr en su condición humana de *sarka y pneuma-psiché*.

Esto ha tomado tal importancia como cuestión y como situación, que ya no alcanza la mera discriminación por *estados jurídicos* para encontrar al *homo spiritualis*.

El *teólogo* "por estado" u hombre de Dios "por estado" institucionalizado, ya no es suficiente; la literatura —a quien acompaña el coro de las ciencias todas— está diciendo en todas las lenguas, que el *eros del espíritu* está siendo activamente combatido siempre y en cada momento por el *eros de la carne* y que sus victorias son registrables y estadísticamente computables, de suerte que se podría determinar en *porcentuales* la cantidad de *homines spiritulius por estado institucionalizado*, que son "*homines katá sárka*" mirados según el *eros del espíritu*.

La situación de conflicto del *poder espiritual* se advierte si se formula la pregunta que la situación extrema de la vida de los cristianos, es decir, de la Iglesia, exige formular: ¿Se animará el Concilio de la Iglesia o la Iglesia en Asamblea, a dejar que el "*homo spiritualis*" tenga en la Iglesia poder para discriminar los espíritus, sea cual fuere su "*estado jurídico*" en la misma Iglesia?

¿Tendrá el "*homo spiritualis*" en el sentido de San Pablo, "voz y voto" en la Iglesia o recibirá la libertad de ejercer su derecho a ser quien discierna los espíritus y la época de hoy, en su carácter de hora *katá sárka* u hora *katá pnéuma*? ¿Se atreverá la "Iglesia-en-Asamblea" a declarar libre de muchas condiciones hasta ahora vigentes a su poder carismático?

La Teología no está ajena a este desplazamiento de acentos en lo que al poder respecta.

Cuando los ojos de la Teología y del mundo se posaron, de preferencia, sobre la condición exterior de la Iglesia, el signo del poder fue el epifenómeno de su vida.

En esos tiempos corrió riesgos de ser politizada e incluso se tuvo la pretensión, por parte de los poderes civiles, de instrumentalizar políticamente a la Iglesia.

En la era del racionalismo no sólo científico y filosófico sino también social-político y económico la Iglesia tuvo que verse sometida a presiones de todo

orden y empezó por sentir las en su Teología, que intentó reiteradamente buscar una *conceptuación* de la Iglesia, hasta poder dar con una *definición* racional (la definición que es instrumento lógico del saber) que le permitiera circunscribirse y legitimarse ante toda otra figura o formación humana, como el estado, la sociedad, la cultura, etcétera.

La Iglesia resistió siempre a ese intento y no se dejó encerrar en ninguna definición; cuando la definición estaba lista para permitir una delimitación de poderes frente a sus concurrentes, la Iglesia "Esposa del Verbo", "Pueblo de Dios" y "Cuerpo místico de Cristo", saltaba con su realidad por encima de las fronteras de la definición lógica e imponía su pretensión y derecho frente a las formaciones jurídicas en conflicto con ella, haciendo imposible una reducción a la categoría común del poder natural, compartido y distribuido según normas humanas por todas las formaciones humanas, incluida la Iglesia.

Ahora más que nunca sale a la luz el carácter de *Mysterium Fidei* que la Iglesia tiene, por el cual escapa no sólo a toda definición lógica sino a toda equiparación con las formaciones humanas de carácter social o comunitario que tienen poder en el régimen de las cosas y personas humanas.

La Iglesia y las formaciones humanas todas han sentido que la crisis que hoy se fenomenaliza bajo el signo del poder es una *crisis de espíritu* y no de cualquier otra condición humana.

Precisamente por eso la Iglesia y su Teología reafirman su poder sobre la base de que su poder es el poder no sólo jurídico, sino el poder espiritual, el poder inmediato sobre el espíritu, el *poder carismático* de la "Esposa del Verbo", del "Pueblo de Dios" y del "Cuerpo Místico de Cristo", el poder del *Mysterium Fidei* que la Iglesia representa y es, contra el cual poder no hay paridad de enfrentamiento.

Al afirmar, al "liberar" (dejar actuar más ampliamente) su poder carismático en el "pueblo de Dios", la Iglesia no sólo no se debilita en su poder frente a las formaciones concurrentes, ni se expone a ser dominada por el poder político creciente de la Sociedad y el Estado sino, por el contrario, escapa y se sitúa por encima y más allá de toda politización e instrumentalización por parte de las formaciones humanas en aparente competencia paritaria con la Iglesia respecto del gobierno del mundo y de los hombres.

Su poder carismático es la más fuerte salvaguardia de su legítima e incancelable libertad: la del espíritu.

Lo que está por acontecer, lo que se espera, es tan grave y hondo suceso, que apenas si llega el hombre de hoy a medirlo ni siquiera presuntivamente.

La Iglesia ejecuta un paso enorme en este proceso, un paso de *progreso en su conciencia* como portadora del misterio de Cristo, un *paso maravilloso en su madurez*, en su realización como "Sponsa Verbi", "Populus Dei" y "Corpus Christi Mysticum". Cuando y en la medida en que la Iglesia dé ese paso, el mundo se pondrá de rodillas —no sin que acaezcan resistencias y luchas.

Ni los más "optimistas" pueden medir la solemnidad de la hora, la grande-

za del paso hacia adelante que en estos días del Concilio Vaticano II^o la historia está o puede estar por registrar. Por eso la expectativa es tan enorme en aquellos que están "a la escucha" de la voz del espíritu.

Aquí no se trata de un proceso dialéctico, sino de una realización para la cual ha puesto Dios en la Iglesia su Charisma, su Espíritu. El llamado aguarda, sin embargo, la respuesta de los cristianos.

El aforismo de Pope pertenece a esta hora: *no ser el primero en innovar, pero tampoco el último en renovarse.*



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR